

IDEOLOGÍA Y LENGUAJE. A PROPÓSITO DE UN ENSAYO DE JOSÉ ÁNGEL VALENTE

José Ramos

Universidad Providence, Taichung, Taiwán

Los años finales de la explosiva década de 1960 estuvieron marcados por una serie de acontecimientos políticos y sociales que de una u otra manera repercutieron hondamente en el debate intelectual de la época: la intervención militar estadounidense en Vietnam, la “Revolución cultural” maoísta en China, la invasión soviética a Checoslovaquia, las revueltas estudiantiles de mayo de 1968 en París, la guerra en el Medio Oriente, los conflictos raciales en los EE.UU., la matanza de estudiantes mexicanos perpetrada por la policía en Tlatelolco, la terrible evidencia de los *gulags* (campos de concentración) soviéticos, entre otras conmociones. Fueron años en los que el mundo se balanceaba en el frágil “equilibrio del terror” entre dos superpotencias, mientras los Beatles cantaban “We all want to change the world” y el hombre llegaba por primera vez a la luna. Izquierda vs. derecha, tercer mundo vs. mundo desarrollado, socialismo vs. capitalismo, eran –y en buena medida, y pese a tanto derrumbamiento ideológico, siguen siéndolo– las engañosas recetas o alternativas del momento. Jean-Paul Sartre seguía pontificando sobre el “compromiso” del intelectual, el teórico marxista Louis Althusser proclamaba, falazmente, que “el marxismo no es un humanismo”, mientras que Michel Foucault, decretaba, pomposo, “la muerte del hombre”.

Pero otro acontecimiento que cerraba esta década e inauguraba la de los 70 abriría un gran abismo en la *intelligentsia* de izquierda: el burdo proceso, la infame “autocrítica” y el posterior exilio del poeta Heberto Padilla, que dejaba al descubierto la naturaleza totalitaria de la Revolución cubana, episodio conocido como “caso Padilla”, y que volvía a poner de manifiesto que dentro de los implacables mecanismos de la ideología y el poder político, el intelectual o el creador sólo pueden ser siervos o víctimas.

En junio de 1968, en el número 259 de la revista *Ínsula*, el poeta José Ángel Valente publica un ensayo titulado “Ideología y lenguaje”, incluido tres

años más tarde en *Las palabras de la tribu*, su primer libro de ensayos¹. El problema de la ideología y de sus diversas y nefastas consecuencias en el lenguaje y el hecho creador ha sido una constante en la obra poética y ensayística de Valente. Como poeta comprometido –y he aquí una palabra sintomática– con su tiempo, no podía quedar al margen de un debate que se sitúa en el centro mismo de las preocupaciones éticas y estéticas de la modernidad².

En las primeras líneas de “Ideología y lenguaje”, Valente se refiere a la tragedia griega, en particular a *Antígona* de Sófocles, en la cual el pacto de la ciudad con los dioses –la ley de la ciudad– es la garantía del orden histórico establecido. El héroe trágico se opone a aquel orden “para forzar una nueva epifanía, es decir, una nueva apertura del horizonte histórico, que el orden de la ciudad no reconoce, porque ese reconocimiento supondría su reversión” (*PT*, 55). El orden establecido debe actuar, para su autoconservación, de modo excluyente, represivo o censorio, lo que delata su invalidez histórica. Pero bajo ese orden ya invalidado hay siempre una realidad nueva o encubierta que clama por su manifestación, y el orden de la ciudad procurará no sólo reprimirla sino también ocultarla. En este punto entramos en el asunto central de este ensayo, que es igualmente una de las preocupaciones mayores de la poética de Valente: la *institucionalización / ideologización del lenguaje*. Todo orden institucionalizado, sostiene el poeta gallego, supone siempre una institucionalización del lenguaje, pues éste ha de eludir las formas indómitas de una realidad que, por su propia naturaleza, tiende a irrumpir del tejido histórico. De este modo, el lenguaje se petrifica o inmoviliza. Incapaz de renovarse, se cierra a los nuevos significados que buscan manifestarse. En una palabra, el lenguaje pierde su poder de revelación para convertirse en *lenguaje público*. Y dentro de esa esfera de la totalización del sistema de signos como lenguaje público, tal es el único modo como Valente puede concebir la palabra: palabra nacida en la clandestinidad. Palabra subversiva, furtiva o secreta, se podría decir. Se admite, sin embargo, una salvedad: la de la fulgurante palabra del héroe trágico. Esto nos remite de nuevo a la *Antígona* sofocleana.

En la sobrecogedora confrontación entre Creonte, rey de Tebas, y Antígona, hija del infortunado Edipo, el choque de lenguajes irreconciliables es de una visceralidad agobiante. Creonte habla, como corresponde, desde el lenguaje del poder, el lenguaje institucionalizado, es decir, “desde la totaliza-

¹ Madrid, Siglo XXI, 1971, pp. 51-58; 2ª ed.: Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 55-60 (en adelante *PT*, seguido del número de página correspondiente). Todas las citas de este ensayo se harán por esta última edición.

ción impositiva del lenguaje público” (PT, 55). Frente a este discurso impositivo, se yergue la palabra de raíz poética encarnada por Antígona, que denuncia un lenguaje público inválido, corrupto³. La palabra poética del héroe trágico se constituye, pues, en “irresistible denuncia”, porque ante quien se arroga la ideología de la ciudad, Antígona es en esencia “la que dice otras palabras” (PT, 56) o la que revela sus significados ocultos.

El lenguaje público, sujeto a corrupción, falsifica todo el lenguaje, y sólo la palabra de raíz poética, creadora y denunciadora, puede restituirle su verdad. Este enunciado es para Valente uno de los aspectos centrales de la tan discutida *función social del arte*, esto es, “la restauración de un lenguaje comunitario deteriorado o corrupto” (PT, 57). Es cuando se plantea la aspiración de Mallarmé de “dar un sentido más puro a las palabras de la tribu”. Tengamos también presente el parecer de Octavio Paz: “Purificar el lenguaje, tarea del poeta, significa devolverle su naturaleza original”⁴.

Las situaciones en las que el lenguaje queda totalmente falsificado debido a la totalización impositiva del discurso público son, por consiguiente, situaciones lingüísticas caracterizadas por la *mendacidad*. Un perfecto ejemplo de esto lo da Valente y se fundamenta en lo que el romanista Harald Weinrich ha denominado “lingüística de la mentira”⁵. En un discurso público pronunciado el 26 de octubre de 1938, relativo a la crisis de los Sudetes, Adolf Hitler decía: “He asegurado a Chamberlain [el primer ministro inglés] que el pueblo alemán sólo quiere la paz”, y Weinrich hace este comentario: “La mentira brutal, perversa, total, es de naturaleza sintáctica, falsifica el significado en el punto donde el lenguaje y el mundo se encuentran: en la situación lingüística”⁶.

En correspondencia con esto, ¿qué decir entonces de tantas otras “situaciones lingüísticas” en las que resulta tan patente la práctica sistemática de la mendacidad en nuestro mundo globalizado y automatizado? ¿Qué

² Otros dos ensayos clave de Valente sobre este tema aparecerán poco después: “Literatura e ideología. Un ejemplo de Bertolt Brecht” (*Revista de Occidente*, 70, enero 1969) y “La respuesta de Antígona” (*Papeles de Son Armadans*, 155, febrero 1969). Incluidos ambos en PT, 20-38 y 39-50; 2ª. ed., 33-46 y 47-54.

³ Véase Sófocles: *Antígona*, en *Tragedias*, trad. A. Alamillo, Madrid, Gredos, 1992, p. 268 (vv. 519-524).

⁴ *El arco y la lira*, 3ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1972, p. 47.

⁵ *Linguistik der Lüge*, Heidelberg, Verlag Lambert Schneider, 1966, en particular el capítulo titulado “Ja und Nein” (Sí y no), pp. 48-58.

⁶ *Ibid.*, pp. 56 y 58.

decir por ejemplo de los bombardeos que en nombre de la “libertad”, no producen matanzas de civiles inermes, sino apenas “daños colaterales”? ¿Y qué decir también de las grotescas ficciones, falsificaciones y mistificaciones de los nacionalismos? Hoy está demasiado claro que en los turbios arbitrios del poder político y de los mecanismos ideológicos, la mentira brutal es casi siempre, por si fuera necesario recordarlo, la norma y el designio absolutos⁷.

Y ya que Valente se ha referido al totalitarismo nazi, ¿cómo dejar de hacerlo también con el otro letal totalitarismo del siglo XX: el estalinista? Sería tal vez ocioso recordar una vez más cómo el discurso político totalizante del estalinismo pudo forjar la inmensa y aberrante mentira del “socialismo real”, e inducir a la más repulsiva y abyecta mendacidad a tantos escritores, artistas e intelectuales, fascinados por lo que se ha llamado la “superstición totalitaria”.

Volviendo al ensayo que nos ocupa, Valente afirma que en la situación lingüística de institucionalización del discurso todos los mensajes podrían estar falsificados, y en tales casos ocurre que la transmisión del mensaje se frustra al no reconocer el receptor como *reales* las circunstancias presupuestas por el emisor. Es, pues, el contexto o referente del mensaje el que es negado o no reconocido por el receptor, si bien es factible que éste pueda aceptarlo por desconocimiento de su irrealidad o bien porque su capacidad de respuesta ha sido anulada por la totalización impositiva del lenguaje público. Se trata, en suma, de un mensaje viciado o falsificado por la irrealidad del contexto presupuesto por el emisor, lo cual evidencia su situación de mendacidad. Valente nos ofrece una muestra de ello: en los momentos más terribles de la guerra de Vietnam, circulaba un sello postal estadounidense cuya leyenda rezaba: “*Pray for peace*”.

Continuando en el terreno lingüístico, Valente se remite a Saussure, para quien un signo lingüístico depende de un sistema de signos, y por consiguiente todos los signos son solidarios. Cuando el sistema de signos y el contexto social han sido totalizados, paralizados, anulados, por el lenguaje público y el dictado ideológico, los signos continuarán siendo solidarios. Comenta Valente: “En tales circunstancias, el lenguaje, privado en realidad de su apoyatura sémica, puede quedar reducido a la mera disposición sintáctica de un discurso que nada dice, a un discurso que sería el sentido del no-sentido, es decir, a la rotación infernal de los signos (*PT*, 58).

⁷ Véase Hannah Arendt: “La mentira política. Reflexiones sobre los Documentos del Pentágono” (1971), en *Crisis de la República*, Madrid, Taurus, 1973.

Como ejemplo extremo de la reducción del lenguaje a semejante rotación de signos vacíos, Valente propone la obra dramática *Una fiesta en el jardín* (1963)⁸, del dramaturgo checo Václav Havel, más conocido por haber ocupado la presidencia de su país desde 1989, luego del vertiginoso desmoronamiento del imperio soviético, hasta comienzos del presente año. Seguramente se trata de una de las primeras menciones de Havel hecha por un escritor español. “Ideología y lenguaje” se publicó, no lo olvidemos, en junio de 1968; eran los últimos momentos de la “Primavera de Praga”, el movimiento reformista encabezado por Alexander Dubcek que sería aplastado el 21 de agosto de ese año por los tanques del Pacto de Varsovia.

Una fiesta en el jardín carece, y así lo hace notar Valente, de argumento en su sentido tradicional, ya que consiste sólo en el ascenso burocrático del personaje central, Hugo Pludek, gracias a su “innata aptitud para aceptar el vaciado radical del lenguaje” (PT, 58) y a su oportunista asimilación del discurso institucional. Puede decirse, para abreviar, que el protagonista absoluto de esta obra es el lenguaje, o bien, la perversión ideológica que se opera en el lenguaje. Estamos, pues, ante un autor que ha hecho de la crítica del lenguaje como discurso institucional y como perversión ideológica un aspecto central de toda su obra.

En *Una fiesta en el jardín* se cumple a la perfección lo que a propósito del “mundo de la mercancía” indicara el filósofo marxista francés Henri Lefebvre sobre la noción de *discurso*: “El discurso se vende. Sirve también para vender. Se manipula y permite manipular. Las personas se dividen entonces en manipuladores y manipulados; los papeles pueden cambiar y el manipulador es manipulado a su vez” (cit. en PT, 57). En el mundo absurdo y grotesco imaginado por Havel, los que rigen los mecanismos del poder político, bajo la forma de siniestro circuito burocrático y divididos en funcionarios del Instituto de Liquidaciones y del Servicio de Inauguraciones, como dice Valente, “entrechocan perpetuamente las huecas lanzas de un discurso vacío” (PT, 59). Revelador de esta situación de aberración lingüística es el siguiente pasaje que cita Valente del tercer acto de la pieza:

“HUGO: Es que gracias a la reactivación de las fuerzas positivas en el Instituto de Liquidaciones se puso a éste al frente de nuestro trabajo como una sólida fortaleza de nuestra unidad, y fue precisamente el Servicio de Inauguraciones el que sucumbió—

⁸ Título original: *Zahradní slavnost*; citada por Valente con el título de *Garden party*. Versión castellana en *Largo desolato y otras obras*, trad., sel. y pról. Monika Zgustová, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 1997, pp. 131-197.

DIRECTOR: A la atmósfera histórica de algunos excesos irreflexivos—

HUGO: Los cuales, a pesar de sus intentos de infiltrarse con argumentos efectistas tomados del armamento liberal y sus frases humanistas, en el fondo nunca traspasan la frontera del modo de trabajo absolutamente convencional que se refleja en todo, por ejemplo en—

DIRECTOR: El aparato envejecido—

HUGO: La fraseología pseudofamiliar de los inauguradores que, bajo el aspecto de humanismo rutinario y profesional, esconden una inconstancia ideológica, cosa que, naturalmente, ha llevado al Servicio de Inauguraciones a la condición de demoleedor del esfuerzo consolidador positivo del Instituto de Liquidaciones, cuyo significado histórico exige el sabio acto de la liquidación de dicho Servicio.

DIRECTOR: ¡Totalmente de acuerdo!

HUGO: Usted no para de estar de acuerdo”⁹.

Señala Valente que *Una fiesta en el jardín* nos coloca, con terrible lucidez, en un mundo, utópico o real, donde la implacable corrupción del lenguaje y la imposición del discurso institucional, como consecuencia de la cristalización ideológica, llegan incluso a poner en peligro la identidad del individuo. Podemos decir que cuando el lenguaje queda reducido a un tortuoso amasijo de signos vacíos y a una parafernalia lingüística alienante, el individuo apenas puede reconocer su propia voz. En este punto, pues, en que el lenguaje institucional llega a anular la identidad personal y a medida que Hugo Pludek asciende hacia el “irrisorio poder de los signos” (*PT*, 59), concluye Valente “Ideología y lenguaje” remitiéndose a Lewis Carroll, cuando se torna en escalofrío lo que para Alicia era sólo una perplejidad, en un célebre pasaje de su encuentro con Humpty Dumpty en *A través del espejo*:

“—Pero el problema —dijo Alicia— es saber si tú puedes hacer de suerte que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

—El problema —replicó Humpty Dumpty— es quién es el que manda; eso es todo” (cit. en *PT*, 60).

En síntesis, lo que el poeta José Ángel Valente expresa en este importante y muy actual ensayo de 1968 es la crítica intensa y sostenida de la institucionalización y totalización impositiva del lenguaje, y de su falsificación

⁹ *Ibid.*, pp. 178-179.

por lo que cabría llamar la hipertrofia ideológica, que se evidencia principalmente en su funcionamiento fraudulento bajo los regímenes totalitarios. La simple aparición de la palabra de raíz poética denuncia el perverso funcionamiento del lenguaje como usurpación o coartada ideológica, o directamente como cínica y viscosa mendacidad.